

Discurso en el IV encuentro organizado por la fundación internacional «Nova Spes».

Eminencia, señoras y señores:

1. Me complace daros la bienvenida a vosotros, distinguidos participantes en el último simposio patrocinado por la Fundación Internacional «Nova Spes». Mi saludo particular se dirige al cardenal Koenig, presidente y fundador de «Nova Spes». A todos vosotros, representantes de las ciencias naturales y sociales, de la filosofía y de la teología, expreso mi gratitud por el importante trabajo interdisciplinar con el que habéis analizado un tema de creciente interés para todos los que llevan en el corazón la solicitud por el bien de la humanidad.

Vuestras discusiones de estos últimos días han analizado los numerosos aspectos del tema establecido para el simposio: «el hombre, su entorno y su desarrollo, hacia una aproximación global». Considerando el problema del entorno, es indispensable una perspectiva global y ética, dado que el entorno no es sólo el lugar donde se desarrolla el gran drama de la historia humana, sino que en cierto sentido es un participante activo en dicho drama. Hay una interacción viva entre el hombre y su entorno, dentro del cual crece en conocimiento de sí mismo, de su lugar dentro de la creación de Dios, y así llega a apreciar el valor, el potencial y las limitaciones de toda vida humana y de todo trabajo.

2. En esta perspectiva global y ética traté el tema de la ecología en mi mensaje para la jornada mundial de la paz de 1990 titulado «Paz con Dios creador; paz con toda la creación». Este mensaje subraya el carácter fundamentalmente moral de la crisis ecológica y su estrecha relación con la búsqueda de una paz mundial genuina y duradera. Llamando la atención

sobre los principios éticos que son esenciales para una solución adecuada y estable de la crisis, puse un énfasis particular en el valor del respeto a la vida y de la integridad del orden creado (n. 7).

Ya que la crisis ecológica es fundamentalmente una crisis de naturaleza moral, requiere que todos respondan solidariamente a lo que constituye una amenaza común. Una explotación incontrolada del entorno natural no sólo amenaza la supervivencia de la raza humana; también amenaza el orden natural en el que la humanidad está destinada a recibir y a comunicar el don de la vida, proveniente de Dios, con dignidad y libertad. Hoy los hombres y mujeres responsables se van haciendo cada vez más conscientes de que debemos «prestar atención a lo que nos revelan la tierra y la atmósfera: en el universo existe un orden que debe respetarse; la persona humana, dotada de la posibilidad de libre elección, tiene una grave responsabilidad en la conservación de este orden, incluso con miras al bienestar de las futuras generaciones» (*ib.*, 15).

El interés por el entorno, guiado por principios éticos objetivos y marcado por una verdadera solidaridad humana, se halla en última instancia enraizado en la misma naturaleza del hombre como ser racional y libre que está en constante interacción con su ambiente. El desarrollo del hombre tanto a nivel individual como social no puede considerarse aislado de su entorno natural, como se ve claramente por la actual crisis ecológica. Dentro de esta perspectiva más amplia el hombre tiene la grave responsabilidad de administrar el entorno natural. Más aún, esta responsabilidad aumenta cuando aumenta su capacidad de introducir modificaciones sustanciales en su ambiente natural

3. Una descripción satisfactoria de la relación entre entorno natural y desarrollo debe tener en cuenta la persona en todas sus dimensiones así como el respeto debido a la naturaleza, siendo siempre conscientes del puesto central del hombre dentro de la naturaleza. El auténtico desarrollo humano no puede ignorar la solidaridad que une al hombre con su entorno ni puede excluir un compromiso universal por cubrir las necesidades de todos los pueblos de la tierra. Cualquier intento de considerar la relación entre entorno y desarrollo que ignore estas realidades de naturaleza más profunda, inevitablemente llevará a desequilibrios mayores y quizás más inestables.

Considerar la ecología dentro de una perspectiva global que tenga

en cuenta tanto la persona humana en todas sus dimensiones como las exigencias del auténtico desarrollo humano puede considerarse con toda propiedad como uno de los grandes desafíos de nuestro tiempo. La generación actual debe afrontar estos retos con sabiduría, y confiando en que esta actitud contribuirá en gran manera a la resolución de otras cuestiones internacionales urgentes. Finalmente, lo que se requiere por nuestra parte es una mayor conciencia de la unidad de la familia humana, en la que el hombre está sólidamente enraizado en su cultura particular y es capaz de trascender los límites que marca la geografía, la ideología, la raza y la religión. Y con respecto a las naciones de la tierra, la necesidad de solidaridad de frente al problema de la amenaza que se cierne sobre el entorno natural presenta «ocasiones propicias para consolidar las relaciones pacíficas entre los Estados» (*ib.*, n. 10).

4. Las decisiones que se toman hoy con respecto al medio ambiente también deben tener en cuenta la responsabilidad moral que tenemos hacia las generaciones futuras. Por esta razón he hablado de la necesidad de una nueva «educación en la responsabilidad ecológica», que produzca una auténtica conversión en nuestras formas de conducta y de pensamiento. (cf. *ib.*, n. 13) Este imperativo moral está enraizado en nuestra humanidad común y en las exigencias éticas que de ella brotan. «Incluso los hombres y las mujeres que no tienen particulares convicciones religiosas, por el sentido de sus propias responsabilidades ante el bien común, reconocen su deber de contribuir al saneamiento del ambiente» (*ib.*, n. 15). Los cristianos por su parte encontrarán inspiración para esta tarea en su fe en Dios como el Creador del mundo y en Jesucristo como quien ha reconciliado consigo mismo todas las cosas «tanto del cielo como de la tierra» (cf. *Col 1,20*).

Nuestra generación se puede considerar privilegiada por haber heredado del esfuerzo de generaciones anteriores la abundancia de bienes espirituales y materiales que se hallan en los cimientos de nuestra sociedad y de su progreso. La solidaridad universal requiere que consideremos como una tarea grave el salvaguardar la herencia recibida para todos nuestros hermanos y hermanas, y hacer que todos y cada uno de los miembros de la familia humana puedan disfrutar de sus beneficios.

5. Queridos amigos: Al mismo tiempo que manifiesto mi gratitud a «Nova Spes» por su compromiso al proceso de reflexión sobre estos problemas, también expreso la esperanza de que vuestro trabajo sirva como impulso fructífero para vosotros y para vuestros colegas en vuestro importante

esfuerzo por promocionar los valores y programas que puedan garantizar y desarrollar condiciones de vida mejores para todos los pueblos, y por afrontar la crisis ecológica en un espíritu de solidaridad auténtica, de caridad fraterna y de incansable interés hacia todas las gentes y naciones. Me complace manifestaros de nuevo a vosotros, hombres del pensamiento y de la ciencia, la seguridad expresada por el Concilio Vaticano II de que la Iglesia aprecia vuestra vocación de investigadores, acompaña vuestros esfuerzos, admira vuestros éxitos, y si es necesario, os consuela en vuestros desalientos y fracasos (cf. Mensaje de clausura del Concilio a los hombres del pensamiento y de la ciencia).

Encomendando vuestras tareas a Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, de todo lo visible e invisible, os aseguro mis oraciones, e invoco cordialmente sobre todos vosotros las bendiciones divinas de gozo y de paz.

JUAN PABLO II